

Humortal: Cuatro hombres, un ataúd y un muerto de risa



María Reina Ruiz
University of Arkansas

El colectivo catalán EFS (Encara Farem Salat)¹ presentó un espectáculo de calle titulado *Humortal*; idea del desaparecido grupo Mo-house, bajo la dirección de Alex Navarro y Caroline Dream. La acción se desarrolla en un centro urbano, y el argumento trata de cuatro enterradores que recorren la ciudad hasta que se dan cuenta que el féretro que llevan está vacío y se empeñan en encontrar a un muerto, es decir, a alguien que se preste a *hacer de muerto*. EFS realizó tres actuaciones por recorridos distintos de Cádiz con una variedad de anécdotas, sorpresas y divertidas peripecias.

El espectáculo comienza con los actores —Ferran Aixalà, Oriol Aubets, Jordi Huete y Jaume Jové— portando un simple ataúd de madera como único *atrezzo*. Vestidos de negro con chaqué, camisa blanca y sombrero de copa, se esfuerzan por transmitir el aire de solemnidad que requiere la situación, aunque se nota algo postizo en el gesto y cierto desaliño en la indumentaria. Dan la impresión de que se vistieron corriendo sin mirar la talla y a ninguno le queda el traje a la medida, demasiado grande o demasiado pequeño. Con esta apariencia casi ridícula los cuatro individuos atraen la atención de la gente que empieza a concentrarse a su alrededor.

Humortal se enmarca entre dos espacios abiertos o plazas concretos: un punto de partida donde comienza la actuación y un punto de llegada donde finaliza. Entre ambos hay un recorrido previamente fijado

¹ La expresión catalana “fer salat” —literalmente “hacer salado”— tiene el sentido de “llegar tarde.” “Encara farem salat” se traduce: “todavía llegaremos tarde.”

con una serie indefinida de paradas que se estructuran a modo de escenas encadenadas. El procedimiento es siempre el mismo: los cuatro personajes van por la calle con el ataúd y se detienen cuando hay algún obstáculo interesante donde aprovechan para improvisar números cómicos e invitar a la gente a participar. Después, uno de los integrantes del grupo, el que parece más serio, se encarga de llamarlos al orden. Cada cual se coloca en su lugar correspondiente al lado de la caja y con un suspiro exagerado reemprenden la marcha. A veces, continúan el juego y tiran del ataúd cada uno por su lado sin orden ni concierto con lo cual deben repetir el ritual de salida. Y así, sucesivamente hasta llegar al lugar en que se cierra el espectáculo.



Foto: Manuel Fernández

El cortejo fúnebre se adentra por las calles y la gente lo observa con desconcierto. Al principio no se sabe si aquello va en serio, pero todos terminan sonriendo o riéndose a carcajadas de estos comediantes — payasos/*clowns* del siglo XXI—, olvidando que llevan un ataúd y supuestamente a un muerto. Lo interesante es esa primera reacción de los espectadores, el desasosiego inicial de la gente de la calle cuando tropieza con cuatro hombres y un ataúd, hasta que llega al momento en que descifra que aquello que está viendo es puro teatro. El humor gestual, las exclamaciones y sonidos de alborozo acompañados de caídas, brincos y piruetas, son los indicios que permiten al público percibir la farsa y establecer el juego de complicidades.

La caracterización de los personajes combina cierto grado de inocencia e ingenuidad mezclado con la travesura y la picardía. En sus números de *clown* unas veces se mueven con la naturalidad de niños revoltosos. En una fuente pública uno de los componentes del grupo juega a las estatuas y posa echando agua por la boca al lado de la escultura del in-

signe escritor Columela; más adelante otro se mete en el cochecito de la puerta de un salón de juegos provocando las iras del encargado, y todos simplemente juegan a *hacer el mono* moviéndose, abrazándose, agitando brazos y piernas, armando una algarabía ante el deleite de los espectadores. Otras veces, el contacto con el público es físico, son cariñosos con todos pero abrazan con picardía a las chicas jóvenes o no tan jóvenes, y aprovechan para hacer algún guiño con gracia seductora al público femenino.

El ataúd, objeto estrella del espectáculo, es el insólito juguete que los enterradores manejan con habilidad de malabaristas y que utilizan con aplicaciones diversas. Lo desplazan de un lado a otro como si fuera una



Foto: Manuel Fernández

pelota. Lo traen y lo llevan, lo suben y bajan sorteando grandes o pequeños obstáculos. Se meten en un autobús, lo sostienen con los brazos en alto por encima de un coche que circula por una calle estrecha, lo encaraman de forma ridícula al macetero de un arbolito urbano, o incluso cruzan el mercado de abastos abarrotado de gente un sábado al mediodía

dejando desconcertados a tenderos y parroquianos. Se diría que es un féretro multiuso; les sirve de banco para descansar o de promontorio al que se suben para otear el horizonte, aunque también puede convertirse en un artefacto peligroso cuando se le cae encima a alguno de ellos, que aplastado bajo el peso del ataúd protesta pateando para que le rescaten.

Sin embargo, el ataúd no es el único objeto de utilería en el escenario de la calle, ni los enterradores son los únicos personajes. La trama se compone del espacio urbano en sí: edificios, tiendas, parques, plantas, fuentes, un autobús, un coche o cualquier objeto que capte su atención, ya sea persona, animal o cosa. Las posibilidades son múltiples y va-

rían según el espacio y la ciudad. La participación del público es fundamental, y los espectadores —abuelos, niños, jóvenes, parejas con el carrito del niño, señoras que van a la compra o transeúntes sin más, con cara de asombro y curiosidad— pueden ser protagonistas también de un espectáculo que funciona gracias a la complicidad de ese público.

Al final de cada actuación, como ocurre en la Plaza de la Catedral de Cádiz el sábado 25 de octubre, día de la clausura del FIT, los enterradores se dan cuenta de que el féretro está vacío y no tienen un muerto a quien enterrar. Intentan que algún espectador valiente se meta dentro del ataúd y consiguen que el público participe; los espectadores de un lado lloran y los del otro lado tararean una marcha fúnebre conocida. Se realiza un milagro y el muerto sale vitoreado por los aplausos del público. Como colofón, otro integrante del grupo se encierra en el ataúd y se repite el milagro.

La austeridad del montaje —desprovisto de todo signo de pompa, música, color, artificio o magia que suele caracterizar el teatro de calle en general— se sublima con la simple presencia de cuatro personajes que sólo cuentan con el movimiento corporal, el gesto y su capacidad creativa de improvisación para tratar con audacia un tema universal serio: la muerte. El carácter lúdico de la propuesta de EFS transmite una idea de la muerte sin ningún sentido trágico, como algo natural y como un asunto del que nos podemos reír con descaro.

Humortal es un éxito, no porque lo digan los críticos, que lo dicen —obtuvo el premio al mejor montaje extranjero en el Ansan Street Arts Festival de 2008 en Corea—, sino porque el público lo expresa con su reacción de regocijo y risa generalizada frente a unos locos a cuestras con un ataúd. Los componentes de EFS consiguen, como flautistas de



Foto: Manuel Fernández

174 Cartografía teatral: Los escenarios de Cádiz en el FIT 2008
Hamelín, atraer a los espectadores e hipnotizarlos con su juego a lo largo de su recorrido; un juego que mueve y conmueve a un público heterogéneo de forma eficaz porque, en definitiva, los actores conocen su oficio, es decir, saben hacer el payaso con solemnidad.



Foto: Manuel Fernández